



CHARLOT, UNA SONRISA TACITURNA

LA TRAGICOMEDIA DE NUESTRA HISTORIA

// María Victoria Arnedo Mtz *

“—¿Entonces, amigo mío, siguiendo el ejemplo de los fenicios, regulabas tu camino de acuerdo con los astros?
—No—dijo Menipo—, viajé en los astros mismos”.

Luciano de Samósata.

Si fuera necesario colocarle rostro y cuerpo al siglo que nos antecede —un siglo en el que, al parecer, se dieron cita no sólo todos los males propios de épocas anteriores, sino también todos aquellos sentimientos benignos que a lo largo de la historia han evitado el derrumbamiento del hombre—, y por si fuera poco, hubiera que colocarle a esa anatomía un traje y designar para él un andar característico, acorde con su doble condición de tragedia y comicidad, descubriríamos con sorpresa que el siglo XX ha sido perfectamente personificado, y que ese personaje responde al nombre de Charlot.

El hombre que le dio vida al inolvidable sujeto de bombín, bigote hitleriano, pantalones y zapatos extragrandes y siempre víctima, rival y héroe de la vida, es todo un caballero: Charles Spencer Chaplin. En 1975, luego de años de altibajos, triunfos, alegrías, señalamientos, escándalos, exilio y retornos, le fue concedido por la reina Isabel II de Inglaterra

el honorable título de Sir, en reconocimiento a sus destacados méritos. Charles Chaplin (1889–1977) fue actor, director, escritor, productor, compositor e intérprete británico, ganador del premio Oscar de Hollywood por la película *El circo* (*The circus*, 1928), además de un Oscar Honorífico, en 1972. Charles Chaplin es el ícono por excelencia del cine mudo, y sus aportes, no sólo al séptimo arte, sino también a la historia mundial, son de inestimable cualidad.

Proveniente de un barrio humilde del Londres de finales del siglo XIX, y a pesar de ser hijo de una actriz de teatro que padecía esquizofrenia y un cantante de jazz alcohólico Chaplin logró salir de la extrema pobreza. Y

“Proveniente de un barrio humilde del Londres de finales del siglo XIX, y a pesar de ser hijo de una actriz de teatro que padece esquizofrenia y un cantante de jazz alcohólico Chaplin logra salir de la extrema pobreza”.

aunque su carrera artística fue indirectamente impulsada por su progenitora a la edad de cinco años, Charles y su medio hermano, Sidney, tuvieron que pasar durante su niñez grandes temporadas en orfanatos, dada la enfermedad de una madre ajena a sí misma y a la ausencia definitiva de un padre que muere dejando al niño Charles de

sólo doce años. Si bien es cierto que Charles Chaplin, en cuanto tuvo la oportunidad de alzar la voz lo hizo —colocando subtítulos en sus películas mudas—, Charlot, por su parte — el personaje de errantes aventuras, cándido

*María Victoria Arnedo Mtz | victoria_arnedo@hotmail.com

y pillo-, no pareció nunca ser consciente de su rol crítico. Muchas veces la ingenuidad de este vagabundo alcanzaba a llegar a un punto tal que se mostraba torpe en su trato con el mundo y se veían afectadas sus buenas intenciones. Estas últimas constituyen un elemento fundamental (o por lo menos, infaltable) en las historias del artista cómico, donde los personajes y los dramas, por sencillos que parezcan, subliminalmente invitan a la audiencia a una reflexión, pero desde una especie de actitud alienada, una sátira indirecta.

“Probablemente para muchos estas sean sólo películas cómicas que muestran las torpezas y ocurrencias de un desventurado, sin embargo, las producciones cinematográficas de Chaplin tienen un sentido mucho más complejo”.

La segunda década del siglo XX es una época de cambios y estremecimientos, gracias a importantes eventos tecnológicos como la introducción de la cadena de montaje por parte de Henry Ford, lo que modificaría radicalmente los procesos de producción industrial; lo mismo que a la serie de coaliciones socio-políticas que antecedieron la Primera Guerra Mundial, y que desde los años 1900 ya sacudían la “estabilidad” del mundo, para finalmente dar como resultado la muerte de más de diez millones de seres humanos. Es en este contexto en acelerado proceso de mutación y autosegregación en el que toma fuerza el nombre de Charlot, el vagabundo, quien logra crear una identidad colectiva que es asumida especialmente por unas clases sociales emergentes que, identificadas con él, y a pesar de las muchas dificultades, insisten en la realización de un sueño, en la conquista de una vida mejor.

Probablemente para muchos estas sean sólo películas cómicas que muestran las torpezas y ocurrencias de un desventurado, sin embargo, las producciones cinematográficas de Chaplin tienen un sentido mucho más complejo. Ya desde sus primeras películas, producidas entre 1914 y 1921, Chaplin exhibió la condición tragicómica del hombre contemporáneo. En las mismas, aunque levemente, el elemento crítico, social y existencial empieza a ser evidente. Películas como *Charlot*

periodista (*Making a living*, 1914), *Carreteras sofocantes* (*Kid auto races at Venice*, 1914), *Charlot panadero* (*Dough and Dynamite*, 1914), y otra serie de producciones en las que el personaje asume roles característicos de la época, dan cuenta de esa aparente sencillez argumental. Con el paso del tiempo, y la influencia del cambio de país (en 1910 viaja a Estados Unidos, siendo parte de la compañía de mimos Fred Karno) y compañías productoras (en 1913 es contratado por la Keystone Studios, luego en 1915 se traslada a la Essanay Studios, más tarde, en 1916, acepta la oferta de la Mutual Film Corporation, entre otras), el elemento crítico se enfatiza en películas como *El vagabundo* (*The Vagabond*, 1916) o *El inmigrante* (*The Immigrant*, 1917), donde cuestiona profundamente la realidad de una Norteamérica excluyente. En este tipo de películas, Chaplin intenta mostrar con Charlot, no digamos la otra cara de la realidad visible, sino una especie de retrato desde las vivencias cotidianas de un individuo medio. En estos “retratos”, enmarcado en la película *Tiempos modernos* (*Modern Times*, 1936), Chaplin muestra las crueles condiciones de trabajo que trajo consigo la Gran Depresión y la revolución

que significó para las dinámicas industriales la entrada a la escena de la producción en cadena; todo esto especialmente enfocado en los trastornos que sufrió un ciudadano común de la época: las implicaciones a nivel microeconómico, familiar y psicológico que la industrialización le volcó al individuo promedio. Por supuesto no pretendo decir que las películas del cómico británico son estudios o tratados antropológicos o psicológicos del hombre de la época. No obstante, en la mayoría de las películas en las que Charlot es protagonista, la denuncia sobrepasa lo estrictamente so-



Tomado de <http://deinmuskayotrasyerbas.blogspot.com/2013/06/4-charlin-el-genio-del-mito>.

cial, incursionando en matices existenciales y hasta poéticos, muy desde la inigualable óptica artística de un sujeto que parece haber vivido, intentando siempre ponerse en los zapatos del otro, cosa que curiosamente parece haber logrado, siendo que sus propios zapatos no fueron fabricados desde un principio pensando en él y en sus pequeñas formas. Pero, sinceramente, ¿podemos hablar de un único protagonista en una película de Charles Chaplin? Luego de saber que un solo artista convoca tantos factores entreverados tan perfectamente entre sí, se complejiza decidir si el verdadero protagonista es el actor principal, la vital presencia de la joven o el can amigo, acaso el encantador e incansable piano de fondo, o quizá, inclusive, el largo e ilimitado camino por el que finalmente Charlot asume transitar tras su aventura. Camino que deja una beta de certidumbre y promesa.

El siglo XX, al igual que el Charlot de las calles de Londres, se abre paso a tropezones en la historia; dando, con cada guerra, un inmenso traspié. De la misma forma, Charlot está continuamente en el centro de algún conflicto, ya sea porque él lo provocara o porque, sin proponérselo, se halla de súbito inmerso en él, lo que es usual. Paradójicamente, estos eventos, que sin duda pueden considerarse desafortunados, son vertebrados por una

“Chaplin intenta mostrar con Charlot, no digamos la otra cara de la realidad visible, sino una especie de retrato desde las vivencias cotidianas de un individuo medio.”



serie de descubrimientos, avances y progresos que componen, entonces, el aspecto positivo de la historia, la de Charlot y la de la propia humanidad indistintamente. He aquí esta verdad: tal como las buenas historias de Charlot, el vagabundo que a pesar de las desavenencias y los finales tristes nunca se detiene, siempre en búsqueda de una dicha que quizá desconoce, la vasta historia de la humanidad ha sido una firme representación de esa copiosa tragicomedia. Así pues, analizando esta comparación entre Charlot y la historia de la humanidad como sujeto (por lo menos, la del Siglo XX) desde los conceptos tradicionales, el elemento trágico aparece como la imposibilidad de eludir el destino, una situación por completo ajena a la voluntad del personaje que se ve obligado a enfrentar circunstancias que desembocan invariablemente en un fatal desenlace. Por su parte, el elemento cómico se revelará en la lucha inútil que emprende el héroe (generalmente torpe) contra lo que desde afuera le ha sido impuesto, y en la forma accidental



en que se resuelve el conflicto, dando paso a un final feliz. Siendo de esta manera, siempre con ese extraño equilibrio entre alegrías y penas, cito el ejemplo de *La quimera del oro* (*The Gold Rush*, 1925), en la que Charlot se deroga el papel de defensor de una mujer de cabaret con la que felizmente ha bailado un instante atrás, y por la que emprende una pelea con un contendor más fuerte que él. Contienda que se resuelve a sus espaldas en el momento en el que, enceguecido por su propio sombrero, un reloj de pared cae sobre la cabeza del rival, dejándolo vencido, y al vagabundo, victorioso. Más tarde, Charlot paga a un alto precio el haber celebrado el amor por anticipado y haber soñado en exceso con la mujer del cabaret: los asientos vacíos en torno a la cena de Año Nuevo por la que tanto trabajó, confiando en la falaz promesa de su enamorada.

Si ciertamente pudiéramos equiparar a Charlot con nuestra propia historia, con decepción nos veríamos obligados a aceptar que existe una profunda diferencia entre ese vagabundo y nosotros: a pesar de su precaria situación y esos múltiples conflictos con el mundo que

pretende resolver con pilatunas, Charlot es un hombre alegre y agradecido, siendo un errante que, buscando cómo sobrevivir, deambula por las calles de una ciudad que a menudo se vuelve inhóspita; es también un ser sencillo y bondadoso, un personaje que nos da una lección de vida con cada tropiezo, que refleja en su andar y en ese rostro blanquecino que en sus gestos concilia, por un lado, el horror de vivir la barbarie de un tiempo en el que se echó por tierra las aspiraciones de racionalidad de los siglos anteriores, y por

el otro, la certeza de sobreponerse al mismo. En esos ojos, oscurecidos acaso por la soledad y el desconsuelo propios de nuestros días, aguarda la fe en la hora que traerá la inestimable fortuna del desayuno –el rápido mor-

disco a un pan ajeno– o el boyante tesoro de la camaradería o de un idilio encantador. Aquí se encuentra la imagen personificada de nuestra historia: en el peligroso paso torpe de un ingenuo, en el deseo platónico de un trashumante, en la sonrisa sostenida en medio de la maleza de conflictos, en las caídas y en las levantadas. Charlot es la sonrisa taciturna que sostenemos, y esa secreta, ultrajada, pero prevalente esperanza. ■

“Aquí se encuentra la imagen personificada de nuestra historia: en el peligroso paso torpe de un ingenuo, en el deseo platónico de un trashumante, en la sonrisa sostenida en medio de la maleza de conflictos, en las caídas y en las levantadas”.